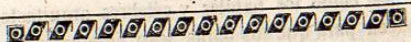


nado, los gefes de la nacion dan el del trabajo, concediendo así un premio á la impiedad. En los monumentos que hacen edificar con los dineros de un pueblo católico, suenan el Domingo los golpes del martillo y del hacha, la sierra hace rechinar el mármol, el cincel pica la piedra y vuela el polvo blanco como en los otros dias.

Cuando un gobierno ha llegado á este punto en materia de religion, ¿con que derecho hallará mal que no se crea tampoco en él?... Un libro que nunca engaña contiene esta frase en sus inmortales páginas: « Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que se esfuerzan en construirla.»

« Si el Señor no defiende la ciudad, vela en vano el que le guarda. »

No querer santificar el dia del Señor es esperarse á ver venir muchos dias malos.



## ADVIENTO.

**S**i quereis que un bello monumento se note dignamente, si deseais que por sus detalles y por su conjunto mande la admiracion á los que van á él, haceldle una noble llegada. Para todo es preciso preparar el espiritu. Antes de llegar á un jardin magnifico se adivina su grandeza: sus anchas vias y largas avenidas disponen para admirar, y cuando se llega donde se ha de ver bien, se siente lo que se debe sentir y se comprende la maravilla.



Así como los hábiles y célebres arquitectos hacen para que sus obras sean comprendidas, lo hace también la religión con sus grandes solemnidades. Con el fin de que los cristianos sientan bien toda la excelencia, les hace, si es permitido decirlo así, *santas avenidas*, y quiere con los precedentes elevar los espíritus y purificar los corazones. Así es que antes de los días memorables que deben santificarse pone un cierto número de días que llama **ADVIENTO** ó **CUARESMA**, y emplea estos días en ruegos y exhortaciones, de tal modo que cuando llegan las grandes fiestas del **NACIMIENTO** ó de la **RESURRECCION**, todos los fieles, desde el anciano que viene á la iglesia á fortificar sus últimos años hasta el niño que da aun la mano á su madre, todos pueden saber los grandes misterios que van á celebrarse y gustar las consolaciones que de ellos manan.

Para preparar á la gozosa fiesta de Navidad, que viene como un bello día á regocijar la estación de las nieves, la Iglesia, en memoria del grande advenimiento del Salvador, *adventus*, instituyó el Adviento. Este tiempo de ayuno, de ruego y de preparación se compone de cuatro semanas, es decir, cuatro Domingos, sin lo que queda de la cuarta semana hasta Navidad. La institución del Adviento es tan antigua como la de la Natividad del Salvador.

Durante muchos siglos fué el Adviento como

otra cuaresma, duraba cuarenta días, en los cuales se ayunaba y se mortificaba como en la cuarentena que precedía la Pascua. Este Adviento se menciona en las capitulares de Carlomagno.

La Iglesia de Milan, fiel á estos usos antiguos, ha conservado las seis semanas del Adviento primitivo que habían sido adoptadas por las Iglesias de España, como puede juzgarse por un misal mozarabe.

En Inglaterra y en Irlanda el Adviento era de cuarenta días, durante los cuales no hacían los monges mas que una colación como en cuaresma. Acia el décimo siglo se redujo este tiempo de preparación á cuatro semanas como está hoy. En el octavo siglo era aun el Adviento de cuarenta días, y esto está probado por una condición referente que los anales históricos han conservado: « Astolfo, rei de los Lombardos, había concedido en 753 las aguas de Nomántula á la abadía de este nombre, reservándose el derecho de cuarenta sollos para su mesa en los cuarenta días de ayuno de la cuaresma de san Martín. »

El papa Nicolas I, en sus respuestas á los búlgaros, habla de las cuatro semanas del Adviento observadas en su tiempo por la Iglesia romana.

Baillet, en su historia del Adviento, piensa, \* Que no se puede hallar señal del Adviento que



remonte mas allá de la segunda mitad del quinto siglo, época en que san Perpeto, obispo de Tours, ordenó en su diócesis tres dias de ayuno por semana desde la fiesta de san Martín hasta la de Navidad. » « Pero, añade el traductor de Albano Butler, el sabio Martenne atribuye el precepto de este ayuno á san Gregorio el grande, quien, segun Amalario, no tuvo nunca la intencion de hacer una lei general. » Pedro, el venerable abad de Cluny, llama al Adviento *Cuaresma media*.

« El ayuno del Adviento, dice aun el traductor de Albano Butler, que no era en algunos lugares mas que devocion, aunque fuese casi general durante algun tiempo, cayó en desuetud entre los legos; empero gran parte de las órdenes religiosas continuaron observándolo hasta hoy. »

Añadimos que continua así siempre. Aquel cuyos dias son una preparacion incesante para las cosas eternas sigue con las estrictas observancias de maceracion, de ruego y de ayuno, y el que no se mezcla en el combate guarda su armadura; aquel cuya vida es una distraccion y un encadenamiento de placeres y peligros se desarma y no vela para defenderse del enemigo.

Creen algunos acaso que cuando los dias del Adviento llegan, los habitantes de las casas religiosas se entristecen por las privaciones que traen; ¡ Oh como se engañarian si así pensasen !

¿ En estos piadosos retiros la cercanía de una gran fiesta es una buena noticia que regocija toda la casa !... Y cuando el Adviento hace tomar á los altares y á los sacerdotes sus ornamentos violados, las hijas del Señor, ya como palomas atemorizadas por la tempestad y refugiadas bajo las alas del Señor, se preparan para la fiesta del Pesebre. En medio de su soledad componen ramilletes nuevos y frescos, guirnaldas de recientes flores para adornar la cuna del Niño Dios. Navidad es una fiesta de mugeres, y su proximidad es un gozo hasta para las virgenes del Señor.

En el tumulto del mundo se medita poco en el dia que debe venir, y cuando pasa, pronto se olvida. Esto se concibe: en tan gran agitacion ¿ como pensar antes ? y ¿ cuando acordarse luego ?

Pero en la paz del claustro una fiesta tiene un reflejo del cielo que colora los dias que preceden y los que siguen á su solemnidad.

Las grandes fiestas de la religion son los grandes acontecimientos de la vida de las comunidades. Los sucesos que ocupan hoy la sociedad y que hacen hablar tanto á los hombres, ¿ que cosa son ? Aquí, son los reyes que no saben hacer brillar sus coronas y que las pierden por debilidad; allí, hombres que se apoderan del poder por medio de la hipocresía; allá, la virtud castigada cruelmente por su es-



cesiva confianza; acullá, la falsedad que obtiene el gran premio de la habilidad.

Desterrado Dios de las leyes, el honor mirado como fulleria, la probidad vista como necedad, la ancianidad espuesta á los insultos, la juventud no escuchándose sino á sí misma, las santas máximas en olvido, el amor desenfrenado del dinero anunciándose en cada esquina, la lonja hecha el templo donde se adora el oro. He aquí lo que compone la vida del mundo en que vivimos. Concebis que los que se han retirado del torrente que lleva tan fangosas aguas no han sido tan insensatos y pueden en su tranquilo retiro, sin que tengamos nosotros el derecho de mofarnos, entregarse á la celebracion de sus santas solemnidades. Lo que forma su ocupacion eleva el alma; lo que preocupa la nuestra entristece y deseca el corazon.

Durante las cuatro semanas del Adviento no pronuncia la Iglesia en el santuario sino palabras de arrepentimiento y de penitencia, el *Aleluya* no termina sus oraciones ni sus himnos y, como lo hemos dicho, los altares se han adornado con ornamentos de luto.

Repiten entonces los sacerdotes al pueblo: « Arrepentios, haced penitencia, porque he aquí que Dios se acerca, y el hacha está muy próxima de alcanzar á la raíz del árbol. »

» Vestis la vestidura blanca, vestidura de pureza, porque he aquí que viene el esposo. »

« Una voz se eleva en el desierto y esclama: Ved aquí el Redentor que se adelanta; arrojad flores y palmas en su camino, y preparad nuevos cánticos porque una Virgen ha concebido y un Niño nace para todos. »

Tomando así la Iglesia de los profetas piadosos sus inspiradas palabras, quiere hacer ver á los fieles cuan culpables serian si se mostrasen frios á la aproximacion de la venida del Salvador. Este advenimiento, deseado de los patriarcas, que todos los justos de la lei de Moises han invocado, debe regocijar á los cristianos, y para que su gozo sea puro es preciso que se preparen á él por la penitencia. La inocencia es la túnica blanca que se ha de revestir para asistir dignamente á las fiestas de la religion.

En la epístola de la misa del primer domingo canta el diácono: « La noche se adelanta, el día se acerca. Dejemos las obras de las tinieblas y revistamos una armadura brillante de luz: marchemos con pureza al gran día y no nos dejemos ir á los vicios, revistámonos de nuestro señor Jesucristo. »

Y despues, en el evangelio de este primer domingo, escuchad... aquel que los profetas habian anunciado hacia cuatro mil años, el deseado de las naciones mismas, es quien habla: él quiere traer los hombres á la penitencia por los terrores del último día.

« Habrá prodigios en el sol la luna y las es-



trellas se turbarán tambien, y al ver estas cosas de espanto, las naciones se sobrecojerán, la mar se agitará elevando sus ondas, y los hombres enflaquecerán pensando lo que debe suceder al universo, porque se estremecerán las bóvedas del cielo. Entonces se verá el Hijo del hombre con gran poder y magestad aparecer en las nubes.»

«Y así que estos prodigios comiencen, levantad vuestras cabezas y mirad, porque vuestra redencion se acerca.»

«Cuando veis la higuera y los demas árboles que brotan sus primeras hojas, decís que el estío va á venir: así cuando veais lo que os anuncio, decid que el reino de Dios se acerca.»

«En verdad os lo digo, esta generacion no pasará sin que esto se cumpla: el cielo y la tierra mudarán de faz, pero mi palabra no cambiará.»

«Tened cuidado: no os abandonéis ni á las viandas ni al vino, ni dejéis ir vuestros corazones á las inquietudes de la vida, á fin de que este dia no os sorprenda, porque él envolverá como una red á todos los que habitan sobre la faz de la tierra. Velad y orad, pues, para que podais evitar las venganzas y para que seais dignos de parecer puros ante la presencia del Hijo del hombre.»

Comenzando el Adviento por la lectura de este evangelio, no podia menos que ordenar á

los fieles el ayuno, la mortificacion y el ruego. Y el religioso que compuso en su claustro el himno *Statuta decreto Dei*, que se canta en la aproximacion del dia del nacimiento del Salvador, fué bien inspirado.

« ¡ Ve aquí venir el tiempo señalado por decretos de Dios ! »

« ¡ He aquí que viene el dia que se aguardaba tantos siglos ha ! »

« La posteridad del culpable padre gime sufriendo en cama de dolores. »

« Desanimado el hombre, yace sin fuerza entre sombras de muerte. »

« El terror de la tumba y la pena del infierno vinieron á ser su herencia. »

« Los hijos de Adan temblaban y se enflaquecian aguardando el soberano juez. »

« ¡ Ah ! ¿ Quien pudiera librarlos de tan grandes males ? ¿ Que mano poderosa los curara de tan profunda llaga ? »

« ¡ Tú solo, oh Cristo, tú !.... Cielos, abrios ; que descienda el precioso rocío, y fecunda la tierra dé al mundo el Salvador. »

Hai aquí, si no nos engañamos, mas poesia que en muchas páginas de nuestros poetas de hoi. Y el solitario que en su modesta celda escribió estas estancias tomó un buen medio para que su obra durara largo tiempo, dándola á guardar á la religion.

Redobra la Iglesia de exhortaciones en el úl-



timo domingo del Adviento para que el gran día del nacimiento de Cristo no luzca sino sobre virtudes. Repítense en la epístola estas palabras: « Os suplicamos, hermanos, que reprendais á los desarreglados, que guieis por buen camino á los que se desvian, que consoléis á los que se contristan, que sostengais á los que desfallecen y que seais pacientes con todos. »

En verdad, si hai fiestas que deban ser para siempre reverenciadas de los pueblos, y si hai que deban ser respetadas y conservadas por los gobernantes, son sin duda las que ordenan semejantes preparaciones. Figuraos, pues, á los hombres obedientes á los preceptos que trascribimos, y decidnos si la tierra, viniendo á ser así toda cristiana, amante y caridosa, no sería desde luego un lugar de reposo en donde se podrian aguardar en paz las delicias del cielo.



## NAVIDAD.

**C**UANDO la estación de las nieves ha llegado, cuando la naturaleza está entristecida con aspecto de muerte (\*), las campanas de las grandes ciudades y las de las aldeas resuenan repentina y alegremente en medio de las tinieblas de la noche, y á estos sonos sagrados que parecen bajar del cielo se

(\*) El invierno de Europa.



mezclan los gritos que se elevan de las ciudades y de las aldeas.

¡NAVIDAD! ¡NAVIDAD! gritan los niños que anuncian con su alegría el nacimiento del Hijo de Dios.

Un santo y grande regocijo ha llegado á las almas cristianas en esta fiesta de la Natividad del Salvador.

Bajo el mas miserable techo hai felicidad cuando las campanas anuncian que el divino Niño nació.

No hai una madre que no comprenda esta bella fiesta de Navidad, no hai un niño que no la desee.

Pero antes de decir su belleza tratemos de demostrar su origen.

César Augusto, en la cumbre del poder, quiso saber cuantos millones de hombres se doblaban bajo su cetro, y ordenó un padron general de todas las naciones que componian el inmenso imperio romano.

Para efectuarlo, nombró Augusto veinte y cuatro comisarios que envió á todas las regiones del mundo.

Pablo Sulpicio Quirino, y segun los griegos Cirino, fué encargado del gobierno de Siria, de la que dependia la Judea.

Nos enseña san Lucas que fué este el primer padron hecho en aquel pais por los romanos. El mismo Quirino tuvo orden de hacer el se-

gundo once años mas tarde, siendo aun gobernador de Siria, cuando el emperador Augusto redujo la Judea á provincia romana despues de haber arrojado al rei Arquelao, hijo de Herodes, y relegádolo á las Gaulas.

El edicto promulgado para este padron general ordenaba á cada uno, rico ó pobre, poderoso ó débil, que se trasportase al lugar de su nacimiento ó al de donde era originaria su familia para hacerse inscribir en el registro romano.

Y José y Maria, que eran ambos de la descendencia real de David, se trasportaron á la ciudad de Betlen.

Allí la Virgen Maria que habia sido saludada, *llena de gracia*, por el arcángel Gabriel, y que á los ojos de los hombres era la esposa de José, buscó en vano un alojamiento y se halló obligada á refugiarse en una aldeilla llena de rocas, en las que habian cavado casas y establos. Y fué este lugar tan desdeñado y humilde el que recibió á su entrada en el mundo al Rei del cielo á quien pertenece todo esplendor y toda gloria.

En el momento en que se obraba este prodigio, y en el que una Virgen daba á luz un Salvador en la vecindad de Betlen, en un lugar llamado la Torre de Ader, varios pastores que permanecian en los campos velando por turno en guarda de sus rebaños percibieron de repente un vivo resplandor en medio de las tinieblas y un ángel les apareció y les dijo:



« No ferais, porque os traigo una noticia que será para todo el pueblo motivo de grande regocijo: hoi, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, que es el Cristo, el Señor. He aqui las señales por las cuales lo reconocereis: hallareis un Niño en sus pañales, acostado en un pesebre.» Y al instante mismo se juntó al ángel una tropa del ejército celeste que alababa á Dios diciendo: « ¡Gloria á Dios en las alturas, paz en tierra á los hombres de buena voluntad! »

Así que la milagrosa aparicion hubo pasado, y que la noche tomó de nuevo su tiniebla, se dijeron los pastores entre sí: « Vamos á Betlen á ver el Verbo que nos fué anunciado.» Y sin perder un instante se dirigieron acia el establo en donde debian hallar el recién nacido, que encontraron envuelto en sus pañales y acostado en un pesebre. Maria y José estaban cerca de él: y viendo los pastores que cuanto habia dicho el ángel se habia cumplido, reconocieron en este Niño el Salvador anunciado en Israel, y alabaron y glorificaron á Dios.

María, Virgen y Madre, oia cuanto le decian los pastores, y guardaba en su corazon la memoria de sus palabras.

Tal es en resúmen lo histórico de la fiesta de Navidad. San Lucas ha sido el narrador de esta Navidad, de la que data la era cristiana.

¡ Que de cosas se ven en esta corta historia !  
Roma, orgullosa de su poder, que ella cree eter-

no, quiere no solo conocer los pueblos y naciones que dependen de ella, sino que intenta mas: pretende conocer por sus nombres cada uno de sus esclavos; y he allí que un comisario romano enviado á Judea obliga á cada hombre y á cada muger á inscribirse en la larga lista de los vencidos.

Desea Augusto saber cuanto nace y vive bajo su cetro. Y he aquí un Niño que viene á aumentar el número de sus vasallos, porque este Niño dirá una vez hecho hombre: « Dad al César lo que es del César.» Pero este Niño que viene al mundo tan pobre y tan humilde, que nace en un establo, que duerme en un pesebre, derribará todos los falsos dioses de Roma, de Augusto y del César. Este Niño es el Señor de los señores, Emanuel Hijo del Altísimo, Rei de los reyes y de los emperadores, Dueño de los imperios y del mundo; y si una nueva Roma vive en los siglos despues de la antigua, es porque habrá adorado y adorará al Niño anunciado á los pastores, al Infante nacido en Betlen.

En el tiempo en que los oráculos decian los dioses se van, ya se adoraba en los subterranos de la ciudad eterna y en las catacumbas cavadas bajo los templos de Júpiter y Marte, de Vénus y Minerva, á Jesus nacido en Betlen; y tres ó quatro siglos despues de su nacimiento la fiesta que describo hoi se reverenciaba ya.

En esta fiesta que podria llamarse fiesta de



las madres, de los niños y de los pobres, porque los anima á todos, ¡cuanto consuelo no recibirán aquellos á quienes el mundo no cuenta entre sus favoritos! Antes de Cristo se tributaban honores y respetos al poder y á la prosperidad: habia templos dedicados á la buena fortuna.

Antes de Cristo podia gemir el pobre, quejarse el esclavo; pero no habia nadie para escucharlos. El Olimpo no estaba poblado sino de risueñas divinidades: la riqueza, la gloria, el deleite, tenian sus dioses; pero la adversidad y el infortunio no los tenian.

Ahora que Jesus nació en un establo, que tierno aun tuvo que huir al destierro, y mas tarde perseguido, coronado de espinas y muerto, tienen todos los dolores un oido que los oye, un ojo que los ve: y la esperanza que los consuela es una virtud que se les exige.

Del dia del nacimiento del Hijo divino de María manan todos los consuelos del cristianismo: de la pequeña altura de Betlen surten las fuentes de agua viva que curan nuestras llagas y alivian nuestros sufrimientos.

Hacen, pues, bien los pueblos en regocijarse cuando la gran noche nos trae de nuevo sus estrellas y misa, sus cánticos y santa vigilia.

Así es que yo no me figuro nada mas bello, nada mas poético que una noche de Navidad celebrada en un pais de fé por piadosos cristianos.

Las campanas que resuenan en lo alto, y cuyos repliques gozosamente sonoros despiertan la ciudad, son las voces que nos gritan desde las nubes: «¡Gloria á Dios en las alturas, paz en tierra á los hombres de buena voluntad!»

Este grande esplendor que se estiende por la vasta iglesia, esa luz que sube hasta la cima de los arcos, que voltea en derredor de las columnas, que las abraza y que las dora, son para las almas piadosas y creyentes el brillo milagroso que apareció en el cielo y que mostró á los pastores el establo de Betlen.

Esas voces claras y puras que salen del santuario, esos sonos graves y magestuosos que espira el órgano son el paraíso y la tierra, los querubines y los hombres que se unen para alabar á Dios.

En esta capilla llena de los arbustos y flores, que el invierno no ha despojado, entre los que se halla la cuna, ved al Niño Jesus que reposa: las santas hermanas de los hospicios y de los conventos la han adornado. Las madres que tienen algun niño enfermo vienen á orar aqui, y la alegría de todos disminuye su inquietud: ellas invocan con mas confianza que de ordinario la Madre del Salvador. María es Madre y debe comprenderlas, y las atenderá.

Después de las tres misas, que comienzan al punto de media noche y que se dicen en medio de mil cirios y de nubes de incenso, llenos los



fielos de santa alegría se vuelven á sus casas y, antes de entregarse á las dulzuras del sueño, se sientan á este alegre banquete que nuestros padres llamaban *cena de noche buena*, y que entre las familias cristianas no tiene nada que no sea inocente.

Cuando ya se termina la santa noche y que la aurora comienza á parecer del lado del oriente, emblanqueciendo el cielo, tocan entonces á la *misa del alba*, y los que se quedaron en casa durante el oficio de media noche se apresuran á salir para ir á orar á su turno.

Mas tarde, cuando el sol ya alto ha iluminado el mundo, las campanas de la catedral y de las parroquias de la gran ciudad alegremente sueñan. Es un grande concierto en los aires, y los pajarillos que tienen costumbre de vivir en los campanarios, echados de sus nidos de piedra por el ruido, revolotean por encima de las iglesias, y se creyera que tomaban parte en el movimiento general de tan alegre dia.

La antigua basilica se halla tan llena de gente que no se perciben las losas de granito, ni las piedras sepulcrales del pavimento. De un mosaico vivo de cabezas reunidas y contrapuestas de colores, se elevan como un haz las altas columnas que parecen lanzarse á la bóveda del templo. Esas olas vivas se dividen, retroceden de un lado á otro y dejan libre paso al principe de la Iglesia que oficia y queva á celebrar la

gran misa. Vestido con su capa pluvial de oro, con su mitra y su báculo, marcha lentamente y bendice los fieles que se inclinan conforme se adelanta. La cruz de plata de la parroquia y la dorada del cabildo, los acólitos, turiferarios, cantores, diáconos, presbíteros y ancianos canónigos, todos con hachas encendidas, le preceden cantando: «Una viva luz ha brillado sobre nosotros, porque nació el Señor.»

«El Señor que ha nacido se llamará Admirable, Principe de la Paz, Padre de los siglos futuros. El reino del Señor no tendrá fin.»

«Bendito aquel que viene en el nombre de Dios.»

«Dios, el Santo, el Fuerte, el Inmortal, hoy nos aparece.»

«Cielos, entonad cánticos de alabanza; tierra, alegraos, que el Señor tuvo piedad de su pueblo y le consuela, porque ha visto sus hijos aflijidos.»

Cuando ha hecho la procesion el torno de la iglesia y que entra en el santuario, comienza la misa solemne. Ora son las voces de los cantores acompañadas de instrumentos sonoros, ora los sonidos del órgano que retumban bajo las bóvedas, y despues hai momentos de silencio que tienen tambien cierta magestad. Sobre estos millares de cristianos, que arrodillados ruegan, se ve una nube azul y ligera que se ondea, formada por el humo del incienso. Se ha



quemado tanto á media noche, tanto al alba, que la iglesia está totalmente perfumada.

En ese día, si el organista entienda su deber, hará que el órgano resuene con los antiguos sonos de otros tiempos, con los *villancicos* de que nuestros padres gustaban y que nosotros oímos en nuestra infancia.

Para escitar la oracion no hai nada como despertar los recuerdos. ¿Como no ha de orarse con fé cuando se piensa en su madre y en los primeros años?

¿Que los organistas no vayan á buscar sus temas en las reminiscencias de óperas, sino en las antiguas árias nacionales que no han pasado por la sangre de las revoluciones, y que los muros de nuestras iglesias conocen tiempos ha!

No se pasa la fiesta solamente ante los altares; el hogar tiene tambien sus gozos de Navidad. En aquel dia las familias se juntan y los nietos comen en la mesa, porque esta es propiamente su fiesta.

He pintado lo solemne de la Navidad en una ciudad grande bajo las bóvedas de una catedral y celebrada por una dignidad de la iglesia. Yo hubiera podido tomar por modelo de mi cuadro la Navidad en el campo, en una aldea ó en un palacio. Esta fiesta tiene donde quiera gran poesía.

Me acuerdo de una misa de media noche, dicha en secreto durante las persecuciones de

1793. En aquel tiempo no habia iglesias para celebrar los santos misterios: una granja fué dispuesta por los habitantes de la aldea. Las mugeres la prepararon en la noche anterior. Se tendieron sábanas de lienzo blanco en contorno, una mesa rústica cubierta de paños muy blancos debia servir de altar; ramas de acebo lo adornaban como ramilletes á un lado y á otro del crucifijo de ébano; dos bugías de resina en candeleros de hierro: he aqui toda la pompa de aquel tiempo de persecucion. No era sin duda desdeñada de Dios, que lee en los corazones; de Dios, que quiso nacer en un establo y que llamó á los pastores antes que á los reyes cerca de su cuna.

La hora que recuerda la Natividad milagrosa llegaba, aguardándola cada familia cerca del hogar, contando antiguas leyendas y cantando en voz baja viejos villancicos.

Aisladamente y sin ruido los fieles se iban á la granja para la fiesta. ¿Con que piedad se arrodillaban ante un altar tan pobre! La fé de los pastores que oyeron á los ángeles mismos anunciar el nacimiento del Salvador, no era mas viva que la de aquellos paisanos bretones, de esos hombres de buena voluntad, que adoraban tambien al Hijo de María en un establo.

Juntarse así para orar era entonces uno de los mayores crímenes: la muerte era la consecuencia; y este pensamiento añadía nuevo ardor



á la piedad. ¡Era la piedad de los primeros cristianos que oraban en las catacumbas! Cuando apareció el sacerdote en el altar, saltaron las lágrimas de los ojos de todos; el mismo sacerdote derramó, no sin dulzura, algunas. ¡Confesor de la fé y perseguido por el Salvador, apenas habia unos dias que se habia visto entregado á los verdugos y que tocaba de cerca la muerte, y en esa noche se apoyaba sobre el altar del Dios que regocija su juventud é iba á celebrar un misterio de santa alegría!

Habia allí emociones diversas de las que escitaban las pompas de la catedral; pero Dios se hallaba bajo el techo rústico de la granja como bajo la bóveda dorada de la basilica, y los corazones lo sentian y las almas se elevaban acia el cielo.

Cuando Navidad viene á regocijar las ciudades y las aldeas, hai alegría tambien en los palacios. La mayor parte de las familias que habitan las nobles mansiones gustan conservar los antiguos usos, y despues de la colacion, que se toma en comun á las siete de la noche, se prolonga la vigilia en el salon, en que por esta vez no se oye música profana. Si las niñas se ponen al piano, ó si alguna toma el harpa, es para acompañarse y cantar *nocturnos sagrados*, algunos cánticos de la edad media, descubiertos por Fétis. Si se lee en esa tarde en alta voz al rededor de la mesita de costura, es el *Genio del Cris-*

*tianismo* el que se emplea, en el capitulo de las fiestas.

Con trabajo se ha traído al ancho hogar y colocado sobre los morillos un grueso tronco de encina ó de haya con sus corcobas y sus concavidades, su yedra y su musgo. Este tronco llamado de Navidad se ha guardado todo el año para la santa vigilia. Esta velada puede prolongarse, pero el hogar no se enfriará. Cuando el fuego se haya cebado en este enorme leño se volverá de la misa de media noche, se irá á la misa del alba, y el fuego durará aun.

Los vecinos se juntan á la familia y á los huéspedes del palacio, y cuando la capilla, bien adornada con las flores del invernadero y alumbrada por mil cirios, se abre, llénase al instante de gente en tal manera que los de las tribunas no perciben el mármol blanco y negro del suelo. Todo está cubierto por la multitud que adora, y ricos y pobres, arrendatarios y criados se inclinan ante el Dios dueño de todos.

Al momento mas sagrado de la misa se elevan puras voces y cantan: *Adeste fideles, læti triumphantes*. Las hijas de casa y sus amigas componen este coro que por su pureza y suave armonía recuerda el de los ángeles cantando á los pastores: « ¡Gloria á Dios en las alturas, paz en tierra á los hombres de buena voluntad! »

La Iglesia comienza así su año el dia de noche buena: y hai en este pensamiento una alta



razon; todos los dias cristianos deberian contarse desde el primer dia de Cristo sobre la tierra. No se que gran pintor, en un cuadro de la Natividad del Niño Jesus, hizo partir la luz del cuerpo del divino Niño, y lo mismo debiera ser con el tiempo. El primer dia de los cristianos deberia salir de la radiante noche de Navidad.

Tiene esta fiesta un grande encanto en la época que llega á los hombres, porque los encuentra reunidos en las ciudades y en las aldeas. Son entonces los dias tristes y frios y largas las vigiliás. Para reanimar la naturaleza, que parece muerta bajo su mortaja de nieve, ha sido menester la mano de la religion. Ella estiende santas alegrías en la tristeza de la estación, y hace, por decirlo así, brotar flores de entre la escarcha y el hielo (\*).

Seria una *severidad puritana* el criticar los placeres de familia que alegran nuestros hogares, puesto que es natural y justo regocijarse por un gran beneficio que se nos dispensa; y nunca se dió á los hombres tanto como la noche de Navidad trajo entre sus sombras. Nunca el cielo fué tan magnífico con la tierra, porque en aquella noche se entreabrió para dejar venir á nosotros.

(\* En los felices climas de América la naturaleza parece estar de acuerdo con los corazones: todo está risueño, todo es alegría.

tros el rei á quien los ángeles puros sirven y adoran.

En aquella noche vino un hermano á los desgraciados, un libertador á los esclavos, un amigo á los niños, un maestro á los doctores, un modelo á los reyes, un vencedor á la muerte. Dejad que los hombres se *regocijen en el Señor*, como se regocija la tierra cada mañana cuando parece el sol para sacarla de las tinieblas de la noche. Navidad es la grande aurora de nuestra libertad: Jesucristo naciente es el sol de justicia que luce sobre el mundo para desterrar de él las mortales sombras.

Ved tambien cual entusiasmo y que santo delirio reina en el oficio que cantan los sacerdotes. Escuchadlos: « ¡Palpitad de alegría, oh colina de Sion!... ¡Hijos de Jerusalem, revestios los vestidos de fiesta y entonad nuevos cantares! »

« ¡Levantaos, Jerusalem, y sacudid el polvo del cabello: romped la cadena atada al cuello; alzaos, que el Salvador llegó! »

« Fuisteis vendida y el Señor os rescata: cantad, Jerusalem. »

« Dijo el Señor: Asuero oprime al pueblo; la injusticia y la crueldad pesan sobre él, y yo he de libertarlo. Otras veces yo hablaba, y ahora... vedme aqui. »

« La abundancia y la paz se levantan con el dia del Señor. »



« La verdad salió de la tierra y de lo alto del cielo la justicia nos mira. »

« Cantemos, pues, nuevos himnos al Señor, y que la tierra entera cante con nosotros. »

« Cantemos al Señor y bendigamos su santo nombre. »

« Anunciemos al universo el día de su salud. »

« Que las naciones repitan los prodigios que él ha hecho y que los pueblos se regocijen continuamente en él. »

« Verdaderamente nuestro Dios es grande, su nombre es digno de alabanzas y su poder domina lo que existe. »

« ¿Que son los dioses de las naciones extranjeras comparados con nuestro Dios? Demonios del abismo. Empero nuestro Dios es el que ha hecho la tierra, el firmamento con sus estrellas y el mar con sus olas. »

« Que el cielo se regocije, pues, que se exalte la tierra de alegría, que la mar agite y levante en señal de gozo sus tremendas ondas, y los campos y las plantas todas que crecen en él, se conmuevan de placer, porque he aquí que ha venido el día del Señor. »

Leemos en el *Tratado de las Fiestas móviles*: « Que en los conventos podían los monges afeitarse y bañarse la víspera de Navidad si les placía; lo que les era prohibido en los tiempos de penitencia, y se permitía en la víspera de esta

fiesta con el fin de que la alegría se manifestase en el exterior mismo. »

« La víspera de Navidad era la mas solemne de todas. Leíase en vísperas el capítulo *Gaudete*, para escitar en los fieles espiritual alegría. Los versículos de estas lecciones espresan los mas ardientes suspiros de los patriarcas. »

« El *Veni ad liberandum* se cantaba por dos acólitos, y el *Rorate cæli* por uno solo. »

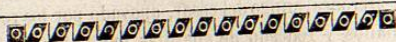
Se ve por esto que en las casas de oracion y retiro se concebían mejor que en el siglo las cosas santas; y en el día de Navidad se dejaba á los niños cantar los primeros himnos de la fiesta: y yo encuentro allí un pensamiento de propiedad y de justicia. ¿No corresponde á los niños el saludar primero con sus voces angelicales y puras al divino Niño que nacía por la salud de todos?

En otros tiempos, dice la Historia de las Fiestas de la Iglesia, los sacerdotes tenían el uso de decir cada día muchas misas, segun los movimientos de su devocion. El concilio de Salgunstadt, cerca de Maguncia, restringió el uso á tres cada día por cada sacerdote; pero el papa Alejandro II, que murió en 1073, abolió este uso y no dejó la libertad de decir tres misas sino en el día de Navidad.

Hoi no tiene ninguna otra fiesta tal privilegio, fuera de la conmemoracion que hace la Iglesia, como madre universal, por todos los difuntos.



Esto quiere decir que aquel es el día en que debemos dar mas gracias á Dios, pues que es la mayor solemnidad cristiana. El día del rescate de los esclavos debe ser el de la mas grande alegría.



## INOCENTES.

**U**NA religion de pureza y ternura debe amar los niños : así es que el catolicismo los trae con frecuencia al santuario, se complace en mostrarlos en sus solemnidades y los hace hermanos de los ángeles.

Empero hacer venir los niños cerca de los altares, sirviéndose de sus puras manos para ayudar al sacrificio santo de la misa, no era aun bastante. La religion nos manda honrar á los mártires **INOCENTES** inmolados sobre el ma-